



EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA

¿Qué consejo le daría a un penitente para hacer una buena confesión?

Que piense en la verdad de su vida frente a Dios, qué siente, qué piensa. Que sepa mirarse con sinceridad a sí mismo y a su pecado. Y que se sienta pecador, que se deje sorprender, asombrar por Dios.

Para que Él nos llene con el don de su misericordia infinita debemos advertir nuestra necesidad, nuestro vacío, nuestra miseria. No podemos ser soberbios. Me viene a la cabeza la historia que me contó una vez un dirigente argentino al que conocía. Tenía un colega que parecía muy comprometido con la vida cristiana: rezaba el rosario, hacía lecturas espirituales, etcétera. Un día le había confesado, *en passant*, como quien no quiere la cosa, que tenía una relación con su propia empleada de hogar. Y le había dado a entender que lo consideraba algo normal, pues –decía– estas personas, es decir, los criados, en el fondo estaban allí *para eso*. Mi amigo se había escandalizado, pues el colega en definitiva le estaba diciendo que creía en la existencia de seres humanos superiores e inferiores: estos últimos destinados a ser explotados y *usados*, como aquella empleada de hogar. Me impresionó ese ejemplo: a pesar de todas las objeciones que se le hacían, aquel hombre seguía firme en su idea, impermeable. Y seguía considerándose un buen cristiano porque rezaba, leía textos espirituales cada día y los domingos iba a misa. He aquí un caso de soberbia, lo contrario de ese corazón hecho pedazos del que hablan los padres de la Iglesia.

Y en cambio, ¿qué consejos le daría a un sacerdote que se los pidiera, que le preguntara 'Cómo hago para ser un buen confesor'?

Que piense en sus pecados, que escuche con ternura, que le pida al Señor que le dé un corazón misericordioso como el suyo, que no tire nunca la primera piedra porque también él es un pecador necesitado de perdón. Y que trate de parecerse a Dios en su misericordia. Esto es lo que se me ocurre decirle. Debemos ir con la mente y con el corazón a la parábola del hijo pródigo, el más joven de los dos hermanos, que al recibir su parte de la herencia del padre la dilapidó toda llevando una vida disoluta y para sobrevivir se encontró pastoreando cerdos. Admitido su error, regresó a la casa familiar para pedirle a su padre que lo admitiera al menos entre sus siervos, pero el padre que estaba esperándolo y que escrutaba el horizonte, le salió al encuentro y, antes de que el hijo dijera nada, antes de que admitiera sus pecados, lo abrazó. Esto es el amor de Dios, ésta es su superabundante misericordia

(Del libro Francisco, *El nombre de Dios es misericordia*, Ed. Planeta 2016)



Domingo de Ramos - C

20-03-2016

UN EXPRESIÓN DE AMOR



Estamos ya en el último tramo de la cuaresma. Aemiliana Lóhr –monja benedictina alemana– en su obra *The Great Week*, compara a la Iglesia con el navío que, después de un largo viaje –la cuaresma– entra en el puerto. Las horas de esfuerzo y de tensión han concluido. En esta última etapa –la semana santa– abre la posibilidad de descansar contemplando el amor de Dios que está en todo lo que se celebra en este período: *Porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo unigénito* (Jn 3,16). Toda la pasión fue motivada por amor, el amor de Dios hecho visible en Cristo: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn 13,1).

Durante la Semana Santa, trataremos de seguir los pasos del Maestro. Las narraciones de la pasión cobran nueva vida, como si los hechos se repitieran efectivamente ante nuestros ojos. Todos los acontecimientos que conducen al arresto, al proceso y a la ejecución de Jesús son recordados y celebrados. Paso a paso, escena por escena, seguimos el camino que Jesús holló con sus pies durante los últimos días de su vida mortal.

No es algo nuevo. Todo surgió con la devoción de los primeros cristianos en Jerusalén donde Jesús sufrió la pasión. Se entiende fácilmente que, desde los comienzos, Jerusalén sea meta de peregrinaciones. Los peregrinos, entonces como ahora, gustaban de visitar Getsemaní, el pretorio, el Gólgota, el Santo Sepulcro. Entre los testimonios más relevantes contamos con el diario de viaje de la peregrina española Egeria. Ahí se describe la liturgia de la Semana Santa en torno al 400 de nuestra era. ¡Qué belleza la de aquellas celebraciones!

Es mucho lo que podemos aprender de aquella Iglesia según los testimonios que aun hoy se conservan. Es también admirable la experiencia vivida por los innumerables visitantes de los santos lugares y que, descubrieron en esos momentos un nuevo modo de acercarse a las escenas del Evangelio. Cierto que en el espacio y tiempo los primeros estaban más cerca del Señor. Cierto que no todos los que lo anhelan tienen posibilidad de caminar por aquellos entrañables lugares. Pero no por eso nuestra devoción ha de ser menor. También podemos adentrarnos en los misterios de Cristo no solo con la imaginación o el sentimiento. La fe y la Liturgia lo hacen posible. Dispongámonos a revivir ahora, en esta semana grande, el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

DIOS HABLA

Lectura del libro de Isaías 50, 4-7 El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes ni salvazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios.

Salmo : **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?**

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (2, 6-11)

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas (22, 1-49)

En aquel tiempo, los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas llevaron a Jesús a presencia de Pilato. No encontró ninguna culpa en este hombre. Y se pusieron a acusarlo diciendo: *Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey.* Pilatos le preguntó: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Él le responde: *Tú lo dices.* Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: *No encuentro ninguna culpa en este hombre.*

Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto. Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo: *Solvianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí.* Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió.

Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí. Pilato entregó a Jesús a su voluntad. Pilato, después de convocar a los

sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: *Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.* Ellos vociferaron en masa: *¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás.* Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.

Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando: *¡Crucificalo, crucificalo!* Por tercera vez les dijo: *Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.* Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: ‘Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado’. Entonces empezarán a decirlas a los montes: ‘Caed sobre nosotros’, y a las colinas: ‘Cubridnos’; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?.*

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Y cuando llegaron al lugar llamado *La Calavera*, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: *A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.* Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: *Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.* Había también por encima de él un letrero: *Este es el rey de los judíos.*

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: *¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.* Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: *Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada.* Y decía: *Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.* Jesús le dijo: *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.* Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol.

El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.* Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: *Realmente, este hombre era justo.*

Palabra del Señor

Consulte el Programa de Semana Santa para participar en los actos.